

desplazarse la mariguana y el opio, tráfico que aportó dólares, violencia y corridos. Así, el bandolero social y el del Motín de la Acordada cedieron, como actores sociales y del corrido, al narcotraficante y al policía, dotando de nueva y tensa energía a la canción regional.

En un país empeñado en unificarse, los sentimientos regionales y localistas cobraron importancia. Los compositores sintieron el deseo (y quizá la necesidad) de ensalzar a su pueblo y no dejar a su terruño sin corrido. En esta época se fortalece un tipo de corrido especial: más que narrar acontecimientos, describe las características de un lugar (“Corrido de Fresnillo”, “Nuevo México lindo y querido”, “Corrido a Zacatecas”) y aquel en el que casi invariablemente se ensalzan la belleza de sus mujeres y de sus paisajes, el valor de sus hombres y sus creencias religiosas, sin olvidar, en ningún momento, la trascendencia de la minería ahí donde sea propia.

Músico que vende, músico que cobra. Durante mucho tiempo ser músico de la legua era un oficio de pura supervivencia. En los pueblos grandes y ciudades podía encontrarse músicos de tiempo completo, pero su condición y estatus eran equiparables, en el mejor de los casos, a los de un artesano. La situación cambió a mediados del siglo XX cuando aparece un nuevo tipo de ejecutante que se promueve en los medios de comunicación, que participa en bailes masivos, vende discos y cobra bien. Su misma figura se vuelve mercancía, ¿qué decir de sus corridos? Su presencia, sin embargo, no eliminó al cantor de cantina o pueblo.